

UN DÍA
EN EL REINO
DE
ASTURIAS



Este trabajo ha sido realizado por
Paula Magdalena Suárez.
Pseudónimo: Gata 17
Instituto: IES Pando
Curso: 2º C de Bachiller



Antes de empezar a escribir este diario, contaré quién soy para que algún día mis futuras descendientes conozcan quién fui y quiénes fueron sus antepasados.

Me llamo Alba y soy princesa del Reino de Asturias, tengo 15 años y vivo en Oviedo, la capital del Reino.

Vivo en una fortaleza medieval, que mi padre mandó construir, junto a mi familia.

Mi padre es el rey Alfonso III, un gran guerrero, estratega y político, de ahí que su apodo sea "El Magro". Como padre es paciente, generoso y muy bondadoso.

Mi madre es Jimena de Asturias, es una gran reina, compasiva, culta y caritativa con los más necesitados. Como madre es muy cariñosa, dulce y tolerante.

Soy la primogénita de la familia y tengo cinco hermanos: García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro.

Aunque era la única niña, nunca me trataron de forma diferente, eran buenos conmigo y lo compartíamos todo. Mis padres siempre nos educaron para respetarnos, guerreros y ayudarnos en nuestros caminos.



10 de agosto del año 890 d.C., Oviedo

Hoy me desperté en mis aposentos alrededor de las ocho, bueno, en realidad, me despertó mi gato Máximo con sus sonidos felinos.

Abri el arcon de madera que habia junto a mi cama, escogi un vestido y me arreglé para bajar al salon a desayunar. Lo esperé al servicio porque, aunque era una dama noble, no me gustaba seguir las normas establecidas. Preferia hacer las cosas por mi misma y no necesitar la ayuda de nadie.

Cuando llegue al gran salon, mis padres y mis hermanas me esperaban pacientemente para comenzar con el banquete.

Yo desayuné todo lo deprisa que pude, ya que tenia ganas de ir a la biblioteca y comenzar las clases a las nueve con mi maestro.

Éste se llama Aurelio y es la persona más culta y gentil que he conocido. Sus conocimientos eran infinitos, parecia que habia vivido en todas las épocas anteriores e incluso en las que no se habian producido todavia. Los enseñaba a mis hermanas y a mi, lecciones acerca de la historia, del arte, de las matemáticas, de la religion, de la música, de la poesia.

Cada día comenzaba con la historia de Pelayo, caudillo de un grupo de nobles, que venció a los musulmanes en la batalla de Covadonga, en el año 722 d.C.

La victoria cristiana dio lugar al Reino de Asturias, nuestro Reino.



Las clases terminaban a las doce y, a partir de esa hora, teníamos dos horas libres antes de la comida para hacer lo que quisiéramos.

Mientras mis hermanos permanecían dentro de los alrededores del castillo jugando con pedras y palo, yo aprovechaba para escaparme y reunirme junto con mis mejores amigos, Leonor y Vermudo.

Eran dos hermanos campesinos. Sus padres se dedicaban al cultivo de tierras y a la ganadería. Además, su padre era un artesano y experto joyero que trabajaba en un taller, y atendía las peticiones y encargos reales.

El padre le había encomendado la fabricación de la Cruz de la Victoria y hoy era el día en el que finalizaría el trabajo.

Mis amigos y yo decidimos acercarnos al taller para ver el resultado. Nos quedamos asombrados al contemplar los destellos del oro y las gemas incrustadas en la cruz.

Más tarde, se nos ocurrió visitar los monumentos del Monte Lloranco que el rey Ramiro I había mandado construir. Se trataba de un conjunto palatino formado por Santa María del Lloranco, el aula regia o sala de reuniones del rey y San Miguel de Lillo, que era una capilla que consagraba a la Virgen María.

De esta manera, podíamos ver con nuestros propios ojos lo que mi maestro me enseñaba y admitir su arquitectura, como las columnas, los arcos o las pinturas murales.



Yo intentaba enseñarles todas mis aprendizajes
y, sobre todo, ayudarles a escribir y a leer,
algo que para la gente humilde era invaluable.

Se acercaba la hora de comer, eran, alrededor
de las dos de la tarde, así que nos despedimos
hasta que nos reuniésemos al día siguiente.

Durante el banquete, nuestros padres nos
preguntaron cómo habíamos pasado la mañana y
qué teníamos planeado hacer por la tarde.

A las cuatro de la tarde, mis hermanos tenían
clases de táctica militar donde se entrenaban
y preparaban para una posible guerra.

Yo, en cambio, tenía clases para aprender tareas
domésticas. Saber coser, bordar, cocinar, además
de pintar, cantar y tocar algún instrumento.

Aprendí a hacer los patrones de los vestidos,
así que yo misma me hacía mis propios vestidos,
los de mi madre y algunos encargos de damas
nobles a las que les fascinaban mis diseños.

Me encanta el diseño de moda, el arte en
general y mi pasión es el mundo animal.

Como ya te he contado, tengo un gato, Máximo,
que es mi fiel compañero, además de un perro
que me sigue a todas partes, Sancho, y un
caballo, Suero, que me regalaban mis padres y
que monto desde que tenía diez años.

También me encantaban los pájaros, las mariposas
y las flores.



Las clases terminaban a las seis, merendábamos y después teníamos tiempo libre hasta las nueve, que era la hora de la cena.

Tras merendar, me acerqué a la biblioteca porque tenía curiosidad sobre las Crónicas Asturianas que mi padre había mandado redactar.

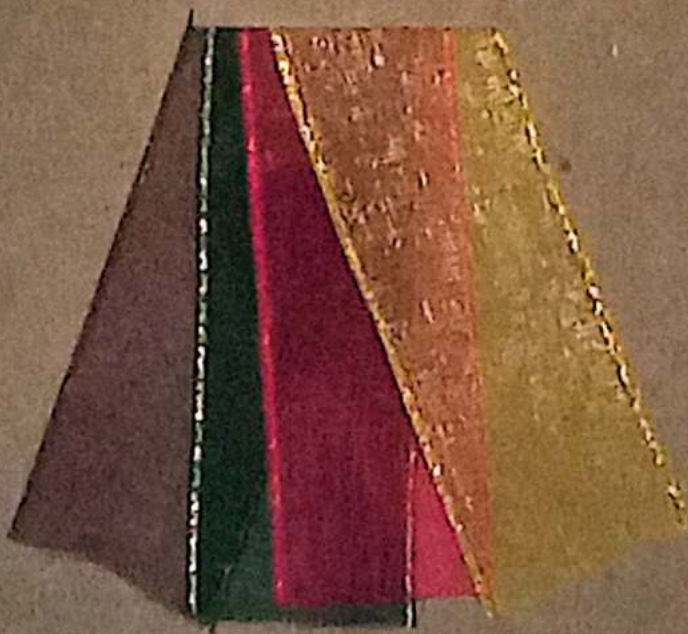
Trataban sobre la historia de nuestro Reino y sus aventuras bélicas más importantes.

dediqué una hora a leer libros antiguos que estaban en la biblioteca.

Cuando salí de allí a las siete de la tarde, me despedí de mi madre, que estaba bordando en un salón del castillo, y de mi padre, que estaba inmerso en la creación de un nuevo templo, San Salvador de Valdediós, y me fui a buscar a mi caballo Suro para dar un paseo fuera del castillo.

Por el camino, me encontré con un grupo de peregrinos que estaban realizando el Camino de Santiago para visitar la basílica de Santiago de Compostela, construida por Alfonso II.

Yo les dije que mi padre estaba pensando en emplear el templo y ellos me contaron algunas aventuras que les ocurrieron en su viaje.



De regreso a casa, no podía olvidar lo que aquellos peregrinos me habían contado sobre su aventura y quería proponerles a mis padres si me permitían hacer el Camino de Santiago.

Llegó la hora de la cena y yo estaba muy nerviosa sobre esa proposición y la respuesta que me darían mis padres.

Estaba casi convencida de que me daban que no, pero su respuesta, sorprendentemente, fue lo contrario.

Me fui a dormir a mis aposentos sin olvidar este día y muy contenta de pensar lo que me esperaba el futuro.

